

Un Filólogo... con inclinación a la Historia. Memoria de Diego Catalán Menéndez-Pidal (1928-2008)

Inés Fernández-Ordóñez

Nació Diego Catalán el 16 de septiembre de 1928 en el seno de una familia fuera de lo común. Su abuelo materno fue Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), uno de los intelectuales más importantes del siglo XX español y autor de una obra ingente con enorme influencia sobre el pensamiento y los métodos de trabajo de varias generaciones de historiadores y filólogos españoles. Diego fue el único hijo de Jimena Menéndez-Pidal Goyri (1901-1990) y de Miguel Catalán Sañudo (1894-1957), físico brillante cuyos descubrimientos en el campo de la espectrografía merecieron el reconocimiento de la comunidad científica internacional, -sirva de muestra que en 1970 la Unión Astrofísica Internacional acordó dar su nombre a un cráter de la Luna en memoria de sus contribuciones-. Su madre Jimena, profesora del Instituto-Escuela antes de la guerra civil, dedicó toda su vida a la enseñanza. En 1940 fue co-fundadora del colegio Estudio, centro que procuró continuar durante el franquismo la línea pedagógica iniciada por la Institución Libre de Enseñanza y que surgió, entre otras razones, de la perentoria necesidad de educar a su hijo Diego y a otros niños de familias amigas en la España de la recién iniciada posguerra. En ese proyecto Jimena continuaba las prácticas pedagógicas puestas en práctica en Segovia, donde toda la familia Menéndez Pidal, con la excepción de Ramón, tuvo que permanecer hasta el final de la guerra tras haber quedado allí atrapada por el alzamiento de 1936. Esos años de exilio segoviano, pese a su dureza, siempre fueron evocados por Diego con gran intensidad y más de una vez pudimos oírle decir: “a mí me salvaron [de ser un niño consentido y malogrado] la guerra y Segovia”. Con motivo de un emocionado homenaje a Jimena celebrado en 2001 en la Residencia de Estudiantes, Diego escribió un hermoso texto en que describe esa época: “El caso es que la Guerra Civil y la posguerra fueron determinantes en que toda mi educación, de los ocho a los quince años, hasta llegar a la desertizada universidad de los años cuarenta, quedara exclusivamente en manos de mi familia... [Jimena] refugiada ahora en Segovia, tras huir de la zona de combate en las faldas del Alto de León, con su familia empobrecida, sin libros ni posibilidades de tenerlos, rodeada de un vacío cultural extremo, contando sólo con su vocación de enseñanza intacta y con un alumno singular de ocho años en quien invertirla, se volcó durante los años de la guerra civil en crear para mí una escuela mínima, con tres profesores -ella, mi padre y mi abuela- y uno, dos, hasta tres compañeros -más o menos ocasionales- de clase, que no de aula, y si ampliamos la imagen habitual, de laboratorio” (Catalán 2001b: 130-1).

Acabada la guerra, Diego Catalán formó, con un solo compañero, la primera promoción del Colegio Estudio, donde cursó los cuatro últimos años del bachillerato y donde pudo disfrutar del magisterio directo de su padre y de su madre. Finalizada esa etapa, Diego optó por los estudios de Filología Románica en la Universidad Complutense de Madrid (1944-49). En esa opción fue determinante la influencia de su abuelo, Ramón Menéndez Pidal, con el que tuvo intenso contacto en esos años de formación. Depurado tras la guerra y retirado en su casa del Olivar de Chamartín, Menéndez Pidal se vio obligado a trabajar en solitario, privado de los medios de que había dispuesto en el Centro de Estudios Históricos. “Yo tuve la suerte de trabajar con

él en la posguerra, cuando era difícil recibir una formación dado el aislamiento cultural y físico en que España se desenvolvía. Estuve muy vinculado a mi abuelo”, declaró muchos años después Diego Catalán (entrevista en *La Revista de El Mundo*, 21/12/1997). Esa vinculación en su temprana etapa formativa y en la universitaria dejó una fuerte impronta en sus intereses y es la que explica que Catalán continuara trabajando durante cerca de sesenta años en las líneas de investigación iniciadas por su abuelo: la historia de la lengua y la dialectología, la literatura de transmisión oral –la épica y el romancero– y la historiografía medieval. Heredero de ese proyecto de investigación, Diego supo continuar el legado, renovarlo críticamente y convertirlo en un modelo de los resultados que el esfuerzo continuado de una familia de científicos e intelectuales, a lo largo de más de un siglo, puede ofrecer.

Tras terminar los estudios de Filología Románica con sólo veinte años en 1949, Diego Catalán preparó su tesis bajo la dirección de Rafael Lapesa sobre la *Crónica de Alfonso XI. Una redacción amplia desconocida*, que defendió en 1951 (y que obtuvo el Premio Extraordinario en 1952). De ella saldrían los libros *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo* (1953) y *Un prosista anónimo del siglo XIV (La Gran Crónica de Alfonso XI. Hallazgo, estilo, reconstrucción)* (1955). Aunque su interés por la historiografía sobre Alfonso XI surgió a partir del estudio de un romance histórico, *El Prior de San Juan* (según él mismo explica en su introducción a la *Gran crónica de Alfonso XI*, 1977: 7-8), la elección como tema de tesis de un texto cronístico (y no de una tradición poética o un tema de carácter lingüístico), creo que debe estimarse como prueba de la existencia en él de un interés decidido por la Historia, vocación tan poderosa al menos como la que sintió por la Filología, y, desde luego, mucho mayor que la que sintió por la Lingüística, disciplina cuyo cultivo abandonó por completo desde mediados de los años setenta. Ese interés por la Historia (una vez me confió que en realidad hubiera querido estudiar Historia, y no Filología) impregna las tres líneas de investigación fundamentales a las que dedicó su atención, antes citadas, y explica que en su persona se reúnan de forma totalmente inusual los conocimientos de un sabio historiador y los de un experto filólogo. La Historia como vía necesaria para la comprensión de los textos o de los comportamientos lingüísticos (y de la vida) y la Filología como herramienta imprescindible para la reconstrucción histórica son principios constantes que operan activamente en gran parte de su obra. La elección de un tema historiográfico para su tesis creo que cobra aún más relieve si se sopesa que durante los años de formación universitaria previa al doctorado (1944-49) las investigaciones en que trabajó, tutelado por las sabias guías de su abuelo y de Rafael Lapesa, fueron de carácter lingüístico (estudio del diminutivo en la toponimia, el límite de *f-> h-* en el oriente de Asturias y noreste de León, reelaboración de *El dialecto leonés* de Menéndez Pidal, índices de las voces estudiadas en *Orígenes del español*) o estuvieron dedicadas al romancero (cartografía romancística, encuestas de campo de romances tradicionales, reelaboración de los estudios de romances de tema histórico de Menéndez Pidal), pero no a las crónicas: : “En los primeros años de Universidad sólo un par de profesores me proporcionaron algunos conocimientos de interés [...] En medio de la decepción de lo que podía recibir en los cursos universitarios, comencé, por invitación de mi abuelo, Ramón Menéndez Pidal, a manejar en casa, junto a materiales de interés lingüístico, otros pertenecientes a su archivo sobre el Romancero” (Catalán 2001a: 262).

Mientras preparaba su tesis e inmediatamente después de defenderla, Diego Catalán inició su trayectoria docente como ayudante en la cátedra de Gramática Histórica de la Lengua Española que regentaba Rafael Lapesa en la Universidad Complutense (1949-51, 1952-54), actividad que simultaneó esos años con la de profesor

del colegio Estudio. Tras presentar la tesis, pasó un curso como lector de español en la Universidad de Edimburgo (1951-52) y, dos años después, obtuvo la Cátedra de Gramática Histórica de la Universidad de La Laguna, cuya titularidad mantuvo por diez años (1954-64). Sin embargo, de esos diez cursos académicos, ya cuatro transcurrieron como profesor visitante en varias universidades extranjeras (University of California-Berkeley, 1956-57, University of Wisconsin-Madison, 1960-62, Universität Bonn 1963-64), situación que se consolidó definitivamente a partir de 1965 (University of California-Berkeley, 1965-67, University of Wisconsin-Madison, 1967-70, University of California-San Diego, 1970-88). Diego Catalán no volvió a regentar una cátedra en España hasta 1981, en la Universidad Autónoma de Madrid, de la que se jubiló en 1998. En su libro *El Archivo del romancero* expresa los motivos de esa emigración: “Aunque durante el quinto año de estancia en Tenerife (noveno como catedrático de la Universidad de La Laguna) se me había desarrollado el imperioso deseo de escapar de las consecuencias del insularismo mental que la isla propiciaba, no consideraba aceptable entrar en la Universidad de Madrid por “méritos” ajenos (heredados y no propios), así es que me había formado el propósito de abandonar asimismo, por largo tiempo, la España cerrada y sin horizontes en que me había tocado crecer. El “nacionalismo”, incluso en lo cultural, me parecía intelectualmente castrante y moralmente inaceptable en el mundo de la pos-guerra de la Segunda Guerra Mundial” (2001a: 386, n. 171). Fue en esa época de California cuando surgió la amistad con Carlos Blanco Aguinaga y con Claudio Guillén, con quien mantuvo grato contacto hasta el final. Sólo después de la muerte de Franco, en 1976, consideró la posibilidad de regresar a España y, tras el intento infructuoso de suceder a Rafael Lapesa en su cátedra de la Universidad Complutense en 1979, se incorporó a la Universidad Autónoma de Madrid.

Para aquel entonces, 1981, Diego Catalán contaba con el total reconocimiento del *establishment* académico norteamericano, que, a diferencia del español, siempre reconoció la excelencia de su trabajo y apoyó sus investigaciones: había sido elegido miembro correspondiente de la Hispanic Society of America (1968), de la Medieval Academy of America (1976) y de la American Academy of Arts and Sciences (1978), honor que entonces sólo había merecido otro español, José Antonio Maravall. Había organizado y dirigido dos centros de investigación, el Center for Iberian and Latin American Studies (o CILAS) de la Universidad de California (1976-81) y la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal de la Universidad Complutense de Madrid (1965-81), como Director de Investigaciones. Y había liderado numerosos proyectos de investigación financiados en convocatorias públicas de Estados Unidos y España, y formado equipos de trabajo inter-continentales, aspectos ambos casi inéditos entonces en las Humanidades españolas.

Pero el hecho de que Diego Catalán formase parte de la plantilla de esas prestigiosas universidades norteamericanas nunca implicó que se desligase de los proyectos de investigación procedentes del desmantelado Centro de Estudios Históricos ni de la pálida continuación institucional con que el régimen de Franco quiso apoyar la prolongación de las investigaciones de Menéndez Pidal, una vez retirado a su casa del Olivar de Chamartín tras la guerra. Primero como Seminario Menéndez Pidal (1954-1965), luego como Cátedra-Seminario Menéndez Pidal (1965-1981) y, finalmente, tras la reincorporación de Catalán a la universidad española, como Instituto Universitario Interfacultativo “Seminario Menéndez Pidal” de la Universidad Complutense de Madrid (desde 1981 hasta el presente), ese centro investigador sólo consiguió sobrevivir a lo largo de los años gracias al trabajo constante y generoso, en Madrid, de su Director, Rafael Lapesa, en las gestiones del día a día y en multitud de trámites administrativos, y

al impulso de Diego Catalán, quien, en calidad de Director de Investigaciones, desde América y en sus escalonadas estancias de investigación en España, trabajaba incansablemente para conseguir fondos, para la institucionalización progresiva del centro y para que no se detuvieran los diversos proyectos ni las publicaciones en marcha.

La continuación del legado familiar: la obra de Menéndez Pidal y el Archivo del Romancero

En el ánimo y en el empeño de Diego Catalán pesaba, por un lado, su estrecha vinculación con el proyecto de investigación familiar, el “Archivo del Romancero”, que juzgaba necesario conservar, catalogar y publicar; por otro, desde la muerte de Menéndez Pidal en 1968 ese deseo se veía reforzado por una manda testamentaria de don Ramón que le dejaba sus trabajos “en preparación y estudio, sobre los que viene trabajando el Seminario Menéndez Pidal, para que ponga todo su interés y voluntad en continuarlos y completarlos para que puedan ser publicados” (2001a: 387-8). Diego fue consciente desde muy pronto de que no podía depender solamente de él la inmensa tarea de “terminar” o “editar” la obra inconclusa de su abuelo “sobre todo si el editor, como es mi caso, no se resigna a perder su libertad de investigador autónomo”, según le confesaba a Lapesa en 1970 (2001a: 425). Y ya desde entonces empezó a trabajar por “lograr establecer una estructura que haga posible convertir en letra impresa, perdurable, los “documentos” y trabajos más importantes de la “herencia intelectual” de R[amón] M[enéndez] P[idal] en un plazo relativamente breve y con el debido rigor filológico. Aparte de la “voluntad” de RMP (expresada en su testamento) y de mi “amor” a su obra, me obliga a realizar la empresa el valor objetivo de los documentos (basta pensar en el Romancero) y el temor a que cualquier circunstancia haga posible su irreparable pérdida” (2001a: 425).

El “Archivo del Romancero”, que comenzó a constituir Menéndez Pidal junto a su mujer, María Goyri, depositado en la antigua casa familiar del Olivar de Chamartín y que Catalán recibió como legado de su abuelo en 1968, es hoy el fondo universal más completo de esa literatura de transmisión oral. Comprende tanto el romancero antiguo (documentado en los siglos XV-XVII) como el que se ha desarrollado como género autónomo en los últimos siglos y se documenta desde el siglo XIX hasta el momento actual. En el Archivo se conservan versiones escritas recolectadas desde el siglo XIX y versiones sonoras recogidas a finales del siglo XX, procedentes de todas las áreas romances hispánicas (gallego y portugués, castellano, catalán, judeo-español) y recolectados por miembros de la familia Menéndez Pidal / Goyri / Catalán y por multitud de colaboradores externos e internos, que han donado copias al “Archivo” a lo largo de más de un siglo de historia.

Durante cuarenta años, los que transcurren desde la muerte de Menéndez Pidal en 1968 hasta su propia muerte en 2008, Diego Catalán luchó para que esa “estructura” –articulada en torno al organismo Seminario Menéndez Pidal (en sus sucesivas fases administrativas) y a la Fundación Menéndez Pidal (creada en 1983 como depositaria de la Biblioteca de Ramón Menéndez Pidal y de su herencia intelectual)- asegurara la preservación integral del legado recibido y su divulgación en forma impresa, objetivos que desgraciadamente sólo pudo ver parcialmente cumplidos antes de desaparecer. Sus esfuerzos no obtuvieron la recompensa de ver la institucionalización de los Archivos ni de la Biblioteca de Menéndez Pidal en un centro de investigación de carácter estatal o mixto que tuviera su sede en la casa del Olivar de Chamartín, milagrosamente salvada de la especulación urbanística y desde 1984 propiedad de la Fundación Ramón Areces. Pero lo conseguido gracias a su iniciativa y trabajo personal en el terreno de los

resultados científicos es, sencillamente, asombroso, y ello en varias facetas de su actividad.

En primer lugar, como editor de las obras de su abuelo. Aunque Diego Catalán juzgaba con razón que no era tarea humanamente accesible a una persona sola la de “terminar” las obras en preparación de Menéndez Pidal, lo cierto es que dedicó, desde que era jovencísimo, gran parte de su tiempo personal a la labor editorial de los textos de su propio abuelo, en una muestra de generosidad de la que sólo hallo parangón en Rafael Lapesa, editor y co-autor de la *Crestomatía del español medieval* (1965-66) y redactor del *Glosario del primitivo léxico iberorrománico* (2003) proyectados por Menéndez Pidal. Gracias a esa tarea, detectable en la actividad investigadora de Diego ya en 1949 y que se prolongó hasta 2005, contamos con la cuidada edición de muchos textos de Menéndez Pidal: la tercera edición ampliada de la *Leyenda de los Infantes de Lara* (1971), la segunda edición de *Reliquias de la poesía épica española. Acompañadas de Epopeya y Romancero I* (1980), la reedición de *Los españoles en la historia*, a la que añadió un prólogo memorable (1982), y la primera de dos libros inconclusos: *La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el romancero* (en colaboración con María del Mar de Bustos) (1992) y la *Historia de la lengua española* (2005). En muchas de estas obras tuvo que, en calidad de crítico textual, actualizar lo recibido o comparar varias versiones y construir un texto que se ajustase a la voluntad última del autor, labor de dificultad imponderable en muchos casos. Me consta que empleó también esa esmerada y generosa labor editorial en una miscelánea de *Estudios sobre literatura española aljamiado-morisca* (2004) de su fallecido primo, amigo y co-autor de investigaciones juveniles Álvaro Galmés de Fuentes. Aparte de este trabajo editorial “creativo”, Diego también supervisó y revisó la reedición de colecciones misceláneas de Menéndez Pidal: *Estudios sobre el romancero* (1973), *Textos medievales españoles. Ediciones críticas y estudios* (1976) y la *Antología de prosistas castellanos* (1992).

En segundo lugar, como recolector de romances, a título individual (1946-50), y como director de campañas de encuesta (1957-60, 1977-85), Diego Catalán contribuyó de forma decisiva a incrementar el “Archivo del romancero Menéndez Pidal / Goyri” con millares de versiones recogidas en su época juvenil junto a Álvaro Galmés y en campañas de encuesta organizadas junto al equipo de investigación que articuló en torno a profesores españoles, Jesús Antonio Cid, Flor Salazar y Ana Valenciano, y norteamericanos, entre los que destacan Suzanne Petersen, Beatriz Mariscal, Aurelio González y Teresa Catarella. En algunas de las encuestas de esos años también participaron otros profesores y estudiantes españoles y extranjeros, de los que muchos luego presentaron sus tesis doctorales bajo su dirección, editaron colecciones de romances y se formaron en ese campo del saber. En diversas épocas han sido parte de esta escuela creada por Catalán (por orden alfabético) Vanda Anastácio, Koldo Biguri, Raquel Calvo, Luis Casado, Mariano de la Campa, Michelle Dèbax, José Joaquim Dias Marques, Pere Ferré, Bárbara Fernández, José Luis Forneiro, Regino García-Badell, Jon Juaristi, Kathleen Lamb, Francisco Mendoza, Robert Nelson, Margarita Pazmany, Ana Pelegrín, Etienne Phipps, Joanne B. Purcell, Salvador Rebés, Sandra Robertson, Francisco Romero, Maximiano Trapero, Joseph Snow, Ana Vian, Jane Yokoyama y varios otros. Lo recolectado en los años setenta y ochenta fue grabado por entonces en cinta magnética y denominado “Archivo Sonoro del Romancero” (ASOR). Años después, Diego Catalán lo rebautizó con el nombre de “Archivo Sonoro del Romancero Débora Catalán”, en recuerdo de su hija, trágicamente fallecida en enero de 2002, la única de sus hijos que se interesó por temas romancísticos y colaboró con su padre. Los más de 18.000 documentos sonoros, junto a los más de 25.000 documentos de versiones

recogidas en forma escrita (muchas de las cuales se incorporaron al Archivo en época “catalanina”), revelan claramente que el “Archivo del Romancero” duplicó, al menos, la documentación recibida en 1968.

En tercer lugar, como editor de los materiales del “Archivo del Romancero”. Todavía en vida Menéndez Pidal, en 1948-49, 1950-51, 1961-62, Diego Catalán participó en la reelaboración de los estudios sobre romances de tema histórico de Menéndez Pidal (los ciclos del rey Rodrigo, Bernardo del Carpio, Infantes de Lara y Condes de Castilla), y de ese trabajo resultó la publicación de los dos primeros tomos de la colección “Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas”, I, 1957, *Romanceros del Rey Rodrigo y de Bernardo del Carpio*, y II, 1963, *Romanceros de los Condes de Castilla y de los Infantes de Lara*. La colección se enriqueció tras la muerte de Pidal con la publicación de otros diez volúmenes, entre 1969 y 1985, que, como los primeros, son producto del empuje o del trabajo colectivo de Diego con diversos miembros de los equipos de investigación que formó. Gracias a esta serie se dio a conocer una parte, si bien pequeña, de los riquísimos materiales del “Archivo del Romancero” en un conjunto de temas. De la serie contaron con la participación directa de Catalán los volúmenes dedicados a los romances de tema odiseico, III-V (1969-72), *Gerineldo*, VI-VIII (1975-76), y *La dama y el pastor*, X-XI (1977-78). En 1969, la publicación del romancero de las Islas Canarias compilado por Diego Catalán anticipó otra forma de publicar los riquísimos materiales antiguos y modernos del “Archivo” que años más tarde se revelaría fecunda, los romanceros regionales -si bien conviene precisar que el formato vino impuesto exclusivamente por las vías seguidas para obtener financiación de diversas instituciones locales (la co-edición con autonomías, diputaciones o cabildos)-. La incansable iniciativa de Catalán impulsó, así, que se elaboraran y publicaran en el Seminario Menéndez Pidal colecciones y antologías de romances judeo-españoles (entre 1977 y 1982), de Castilla-León (1982), Asturias (1986, 1997, 1999, 2004), León (1991), Segovia (1994), Extremadura (1995) y Galicia (1998) y, además, del romancero vulgar (1999). De ellas, las colecciones de los romanceros de León (1991), Segovia (1994) y Extremadura (1995) fueron también co-editadas por Catalán. En el último año y medio previo a su muerte, Diego había iniciado un nuevo proyecto de publicación del romancero en internet: el *Romancero de la Cuesta del Zarzal* (<http://cuestadelzarzal.blogia.com>), nombre antiguo de la calle en que se ubica la casa que fue de Menéndez Pidal en el Olivar de Chamartín (Cuesta del Zarzal, 23, hoy en día Menéndez Pidal, 5), proyecto con el que persistía en su propósito de divulgar los fondos de “Archivo” como parte del patrimonio literario universal: “Mi interés continuado por el arte poética del romancero oral me lleva a ofrecer a un público general lo mejor de ese Romancero, emulando a los editores del siglo XVI. Mi propósito es mostrar que la labor de reelaboración y pulimiento, durante cuatro siglos y medio, realizada por los cientos (posiblemente miles) de transmisores de ese caudal poético que enlazan el Romancero del siglo XVI con el Romancero del siglo XX, ha creado un sinfín de poemas que cualitativamente no sólo compiten con el antiguo Romancero, sino que muy a menudo le añaden quilates, ya que responden a un arte poética que sorprende y deleita a los mejores paladares críticos” (dice en el primero de los romances “colgados” de la web, 12/10/2006). Cada uno de los temas editados se acompaña de un ajustado comentario que permite entender y apreciar el poema. El último de los 65 temas editados y comentados subió a la red poco antes -el 23/11/2007- de la desafortunada caída que le impediría trabajar con el ritmo habitual desde mediados de diciembre de 2007 en adelante y que terminaría por preludiar su fallecimiento, el 9 de abril de 2008.

En cuarto lugar, Diego Catalán apoyó o puso en marcha diversas publicaciones destinadas a la catalogación de los fondos del “Archivo del Romancero”: por una parte,

el catálogo del romancero sefardí (1978), elaborado por su gran amigo Samuel G. Armistead, profesor de la Universidad de California-Davis, con el que inició la serie de publicaciones dedicadas al romancero judeo-español, tarea en que no debe olvidarse mencionar la colaboración de Joseph H. Silverman; por otra, el catálogo de los romances de tema nacional (1998). Además, junto a su equipo romancístico, creó el *Índice General Ejemplificado del Romancero* (IGER) (1981-88), catálogo de los 1369 temas básicos documentados en cualquier rama de la tradición pan-hispánica y que ha servido (y sirve) de referencia para todos los especialistas en el tema.

El libro *El Archivo del Romancero, Patrimonio de la Humanidad –Historia documentada de un siglo de historia-* (2001a), que dedicó a su madre “en recuerdo de su tenaz lucha contra la ausencia de memoria histórica”, fue concebido por Diego Catalán como la forma de presentar ordenada y documentada la larga, difícil y trabajosa historia de ese proyecto, que las varias autoridades e instituciones españolas no conseguían entender plenamente, dada su extraordinaria singularidad, con el fin de que fuese valorado en su justa medida. El reiterado fracaso en su deseo de institucionalizar los fondos de acuerdo a lo que él juzgaba que merecían, ya preñado de amargura cuando se cierra la redacción del libro en 2001, siete años antes de su muerte, es el triste corolario de un proyecto de investigación vivo para tres generaciones de una familia y plenamente activo hoy día para todos aquellos que formaron parte de la escuela formada por Diego (y no por su abuelo) en el dominio romancístico.

Considerado con la perspectiva de cuarenta años de trabajo constante (de 1968 a 2008), bien puede juzgarse que Diego Catalán, a pesar de que no consiguió en vida que las diversas autoridades académicas, culturales y políticas del país reconocieran institucionalmente el valor universal del proyecto de investigación familiar que le tocó continuar, sin embargo, en lo que estuvo en su mano como investigador, cumplió con creces la misión encomendada por su abuelo en su testamento de divulgar, convenientemente elaborados, los materiales inéditos y los trabajos en preparación que por él le fueron legados. Pero lo más notable es que lo heredado no fue mantenido en formol, como viejo cuerpo momificado de una época ya periclitada, sino que fue integrado como punto de partida de nuevos proyectos impulsados por Catalán, que, sin romper con el pasado, lograron obtener para los datos (antiguos y nuevos) y para el campo de investigación perspectivas teóricas completamente nuevas y mantener la total vigencia de su interés.

Es por ello que creo conveniente separar en este inmenso trabajo lo que le vino en cierta forma impuesto como “obligación” moral por su origen familiar (la edición de los trabajos pendientes de Menéndez Pidal, la divulgación elaborada del romancero entonces existente en el Archivo, la catalogación y preservación integral de los fondos) de todo lo demás, que en realidad fue producto de su evolución como investigador independiente y, en muchas ocasiones, altamente crítico con los planteamientos pidalinos.

A este propósito Diego Catalán contribuyó a generalizar y desarrollar la concepción del romancero tradicional moderno como un género literario autónomo, con su propia poética y valor literario. Influido por los trabajos de Paul Bénichou y de Giuseppe DiStefano, colegas respetados y amigos queridos, Catalán se distanció de la concepción arqueológica heredada de su abuelo que veía el interés fundamental del romancero en ser poesía transmitida de tiempos pasados y que, como tal, interesaba fundamentalmente por ser testimonio actual de antiguos hechos históricos o literarios (véanse los trabajos reunidos en *Por campos del romancero*, 1970, y en *Arte poética del romancero oral*, 1997-98). Así definió la poética del género como una estructura tradicional abierta, frente a otras modalidades de literatura de transmisión oral, y desarrolló en colaboración con su

equipo romancístico un modelo dinámico de análisis de cada romance, estructurado en torno a tres niveles de penetración (fábula, intriga y discurso), que se teoriza y pone en práctica en el *Catálogo general del romancero pan-hispánico* (1982-1984) aplicado a 80 temas del romancero histórico-nacional. Muchos de sus estudios sobre romances particulares demuestran, al tiempo, la historicidad de múltiples detalles y aspectos esenciales de la fábula de los romances tradicionales: el hecho de que el romancero sea una estructura tradicional abierta que se adapta en el curso de su transmisión al medio que la reproduce no implica, por otra parte, que no pueda conservar aspectos del núcleo semántico que la hizo nacer como objeto literario e histórico (a modo de ejemplo, véase *Siete siglos de romancero*, 1969 y su estudio prodigioso sobre el romance de *La muerte del príncipe don Juan*, incluido en [1998]).

La historia de la lengua española y la dialectología íbero-romance

También en el terreno de la historia de la lengua y la dialectología, Diego Catalán realizó aportaciones de primer nivel en sus primeros veinticinco años como investigador. Se pueden organizar en torno a dos ejes: por un lado, la historia de la lingüística íbero-románica; por otro, la fonética y fonología diacrónicas íbero-romances, con alguna incursión en el terreno del léxico y la toponimia. Desde el punto de vista teórico, fue el primero en incorporar el estructuralismo al análisis de datos dialectales y diacrónicos. De esta forma puso las últimas teorías fonológicas del momento al servicio de estudio de las lenguas íbero-romances. A él se debe un conjunto de estudios clásicos sobre el asturiano (hoy reunidos en el libro *Las lenguas circunvecinas del castellano*, 1989), que ayudaron a trazar mejor los límites lingüísticos que acotan las diversas áreas, occidental, central y oriental, como son los dedicados al límite de conservación de la *F-*, la metafonía, la diptongación en astur-leonés y, sobre todo, el dedicado al asturiano occidental. Su propuesta de división del asturiano occidental en cuatro zonas, a partir de los sistemas consonánticos, ha sido generalmente aceptada. No menos relevantes son sus estudios sobre el origen de la fonética moderna del español (reeditados en el libro *El español. Orígenes de su diversidad*, 1989). Aparte de proponer la división del español en dos grandes normas, la atlántica, que agrupa la Andalucía occidental, Canarias y América, y la peninsular, y de escribir, a raíz de su estancia en Universidad de La Laguna, el mejor panorama de conjunto sobre el español de las Islas Canarias, contribuyó al estudio del nacimiento de los sistemas fonológicos modernos (la pérdida del fonema /z/ y el origen del *çezeo*) en lo que hoy son artículos “clásicos” de la historia de la lengua española. Pero igual o más importancia tiene el estudio sobre la estructura silábica del español, y que a día de hoy es el único artículo que trata de forma global y estructurada (y hasta el momento no superada en su reconstrucción de las fases geográficas y cronológicas del proceso) la relajación, debilitación y pérdida de consonantes en coda silábica en la mitad meridional de España (-s, -θ, -r, -l) a partir de datos del malogrado *Atlas lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI). En ese artículo se aborda también magistralmente el problema de la síncopa y la apócope desde un punto de vista estructuralista, en una crítica aún vigente de los planteamientos de Rafael Lapesa. A Catalán debemos también la defensa científica y pública del ALPI, voz a la que solamente se unió la de su director, Tomás Navarro Tomás, en una época en que las circunstancias “aconsejaban” no pronunciarse a favor de un atlas cuya existencia inédita resultaba problemática para los dialectólogos establecidos entonces en el poder académico. Diego Catalán escribió también un libro esencial para la historia de la filología española del siglo pasado: *Lingüística íbero-románica* (1974), en el que se hace una valoración crítica de los estudios sobre todas las lenguas romances peninsulares hasta 1970 y que antes mereció ser publicado en inglés en el libro *Linguistic in Western Europe*, de la prestigiosa serie “Current Trends in Linguistics” (Mouton, 1972). Ya en época

juvenil, en calidad de memoria de su cátedra, había escrito *La escuela filológica española y su concepción del lenguaje* (1955), como forma de situar en la historia de la lingüística las ideas y aportaciones producidas en la escuela de Menéndez Pidal.

En este conjunto de trabajos lingüísticos hay ciertas continuidades y ciertas rupturas. La continuidad viene marcada por el campo: la fonética histórica fue el principal objeto de argumentación de las reconstrucciones históricas de Menéndez Pidal y Diego Catalán no se desmarcó de esa línea, ya que, entre sus trabajos, apenas hay estudios monográficos de carácter morfo-sintáctico o léxico. La ruptura se señala en los métodos y teorías aplicadas: el estructuralismo y la necesidad de reconstruir sistemas fonológicos, y no simplemente cambios fonéticos. El deseo de incorporar el estructuralismo al análisis de la variación diacrónica y dialectal está presente en el homenaje a André Martinet *Estructuralismo e historia* (1957-1961), del que Diego fue el promotor y editor. También hay novedad en el cultivo de la historia de la lingüística española, en la que ejerció una exposición argumentada de ideas y críticas poco frecuentada hasta entonces (y aun hoy). Al igual que en el romancero, Catalán fue impulsor de misceláneas de estudios como los *Trabajos sobre el dominio románico-leonés* (1957-76), en colaboración con Álvaro Galmés.

A partir de 1975 Diego Catalán cesó de cultivar la lingüística (y por cierto tiempo también la historiografía) para dedicarse, por más de una decenio, al romancero. La concesión de grandes proyectos de investigación en Estados Unidos y la fundación y dirección del CILAS de la Universidad de California, en vinculación con su actividad en el campo de los estudios romancísticos, creo que determinó su abandono, quizá en principio temporal, de la disciplina. Pero, a diferencia de la historiografía, que relanzó en cuanto los grandes proyectos se extinguieron a mediados de los años 80 y Diego regresó a la universidad española, la lingüística fue definitivamente abandonada.

La historiografía medieval hispánica

En realidad, creo que no es desacertado afirmar que la historiografía es el campo de investigación cultivado por Diego Catalán en que menos contó la herencia recibida de Menéndez Pidal y en el que sobresale el carácter pionero e innovador de su trabajo que, por lo general, se realizó en solitario –los equipos formados en ese terreno no son parangonables, en resultados, tamaño ni ligazón a los constituidos en el campo del romancero-. A diferencia de Pidal, que estudió las crónicas medievales de forma subordinada a su valor testimonial para el conocimiento de la poesía tradicional, Catalán les prestó atención por sí mismas, como textos dignos de ser investigados como construcciones literarias que responden al entorno socio-político y cultural del que surgen. El papel central que la historiografía ha alcanzado últimamente dentro de la historia de nuestra literatura medieval se debe, en gran medida, a sus trabajos. La cantidad y calidad de sus estudios sobre la historiografía medieval hispánica es tal que no es fácil compendiarlos. Se trata de un edificio construido sobre el ejercicio riguroso y meticuloso de la crítica textual, entonces apenas practicada en la Filología Hispánica. En general, toda su investigación parte del principio de no confundir texto con testimonio, principio que sus trabajos han contribuido a difundir de forma modélica –y no sólo aplicado a la historiografía: véase el artículo dedicado al *Libro de Buen Amor* (1970), en que abre insospechadas perspectivas sobre el texto a partir del análisis de los testimonios-. Así pudo desenmarañar tradiciones textuales complejísimas que le permitieron demostrar qué y qué no pertenecía a ciertas obras ya conocidas, al tiempo que identificaba otras hasta entonces desconocidas. Y tal como sucede en el Romancero, hay que valorar también su labor editorial, ya que gracias a Catalán se publicaron no pocas obras historiográficas

medievales en la colección del Seminario Menéndez Pidal, por él impulsada, “Fuentes cronísticas de la Historia de España”.

Los trabajos de Diego Catalán en el ámbito historiográfico pueden clasificarse en tres grandes campos: la historiografía escrita en torno a Alfonso XI, la historiografía relacionada con la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio, desde sus fuentes latinas hasta sus más tardías derivaciones medievales, y la historiografía vinculada a Rodrigo Jiménez de Rada. En todos ellos las aportaciones de Catalán parten del conocimiento directo de los numerosísimos manuscritos para construir una interpretación histórica y literaria de los textos estudiados.

En su tesis (1951, 1955) y luego en *La tradición manuscrita de la ‘Crónica de Alfonso XI’* (1974) pudo probar la existencia de dos versiones de la *Crónica de Alfonso XI*, la primera o *Crónica de Alfonso XI*, que fechó hacia 1344 y una refundida posteriormente, la *Gran crónica de Alfonso XI*, que editó (1977) y que pudo fechar a finales del siglo XIV. Gracias a Catalán conocemos la existencia de varias ramas textuales de la *Crónica de Alfonso XI*: la integrada dentro de la *Crónica de cuatro reyes* (Alfonso X, Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI), la *vulgata*, sobre la que partió la refundición de la *Gran crónica*, y aún otras posteriores fechadas en 1415 y 1489. Como parte fundamental de estos estudios imprescindibles sobre la historiografía en torno a Alfonso XI debe mencionarse su libro sobre el *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo* (1953), texto que pudo datar en 1348 y que estudió en relación con la *Crónica* y la *Gran crónica*.

El interés de Diego Catalán por la *Estoria de España* de Alfonso X el Sabio nació de la lectura y reseña crítica (1959-60) de la edición de la *Crónica geral de Espahna de 1344* de Luís Filipe Lindley Cintra (1951-54). A partir de ese estudio de Cintra, que revisaba en gran medida las conclusiones de Menéndez Pidal sobre las varias crónicas generales de España, Catalán inició una línea de investigación que lo acompañó hasta el final de su vida. Aunque sus descubrimientos no admiten fácil síntesis, es necesario explicar que el primero de ellos fue el carácter facticio del segundo de los manuscritos que Menéndez Pidal había utilizado como base de la edición de la *Primera Crónica General*, E₂ (Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial, X-I-4), en el cual se habían empalmado, a mediados del siglo XIV, el texto original alfonsí con una *Versión amplificada de 1289*, de época de Sancho IV, y con otros textos posteriores del siglo XIV, como la *Crónica particular de San Fernando*, que definió e identificó. El hallazgo, publicado en el libro *De Alfonso X al conde de Barcelos* (1962), supuso desligar la edición pidalina de la *Primera crónica* del texto genuino de la *Estoria de España* alfonsí, conservado en otros códices. A Catalán debemos asimismo la identificación y reconstrucción precisa, código a código, de las varias versiones de la *Estoria de España*, la concisa o primitiva, la crítica y la amplificada, y el estudio de los procedimientos que se siguieron para componerlas en el taller historiográfico alfonsí. Ese trabajo de décadas culminó con la publicación de *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí* (1997), que expone pormenorizadamente toda la tradición textual de la *Estoria de España*, desde el origen compositivo hasta la recepción de la obra en los dos siglos posteriores. A partir de su conocimiento de esas versiones, Catalán pudo identificar y realizar estudios detenidos de muchas obras derivadas, como la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel, la *Crónica fragmentaria* o las *Estorias del fecho de los godos* del siglo XV. No menos importante es su reconstrucción de textos perdidos que vemos incorporados como fuente a otras obras, como es el caso de la *Estoria caradignense del Cid*, la *Historia hasta 1288 dialogada*, la *Historia menos atajante* sobre Alfonso VIII o la *Estoria de los reyes moros de Sujulberto*. Las conclusiones alcanzadas se recogen en *La Estoria de España de Alfonso X. Creación y evolución* (1992) (colección organizada de artículos previos sobre el tema publicados entre

1963 y 1977, más algunos otros), que dedicó a Cintra “por cuya amistad inicié mi actividad en este campo de trabajo”.

Fue, en efecto, a partir del estudio de Cintra cómo Catalán se sumergió en el océano historiográfico alfonsí y es por ello que ya en el libro de 1962 se realizan aportaciones de primer nivel para la historiografía portuguesa, en especial, en lo relativo a las fuentes manejadas por Pedro Afonso de Barcelos en la composición de la *Crónica geral de 1344*. Entonces Catalán pudo probar la existencia y utilización de una perdida *Crónica portuguesa de España y Portugal*, que situó elaborada hacia 1340 en Portugal; asimismo estudió y descartó el entronque de la *Versión gallego-portuguesa* de la *Estoria de España* empleada por Barcelos con los códices de la misma conservados (con precisiones en 1992); y, finalmente, demostró el conocimiento de una versión refundida del *Liber regum*, caracterizada por haber interpolado la *Leyenda de Bamba* labrador y la materia de Bretaña a través del *Brut* de Wace, versión que bautizó *Libro de las generaciones*, localizó en Navarra y dató hacia 1260. Como complemento de enorme relevancia a estos hallazgos, Catalán editó, en colaboración con María Soledad de Andrés, la *Crónica de 1344* (1970), en la parte inicial del texto, con el *Libro de las generaciones*, y, más tarde, otra de las fuentes de la *Crónica de 1344*, la *Crónica de Rasis* o al-Razi (1974), que acompañó de un estudio memorable sobre la historia pre-islámica de España en las fuentes hispano-árabes de las que bebía al-Razi.

El digno colofón de toda una vida dedicada al estudio de la historiografía medieval lo pone el libro monumental “*Rodericus*” *romanzado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra*, que Diego Catalán terminó tras la jubilación (2005) en colaboración con Enrique Jerez. Tomando como punto de partida la tradición latina, en él se fija la existencia de dos versiones de *De rebus Hispanie* de Rodrigo Jiménez de Rada, que se datan en 1243 y 1246, y se estudian todos los textos derivados en lengua romance entre los siglos XIII y XV. Entre las aportaciones del libro, debe destacarse, por su radical novedad, que Catalán pudo probar que la primera versión romance de *De rebus* fue la *Estoria de los godos*, elaborada hacia 1252-53 en el entorno de los señores de Albarracín, los Azagra, en conexión con el arzobispado de Toledo. No menos importante es que esa *Estoria* fue la base de gran parte de la historiografía navarra y aragonesa posterior: la *Crónica de 1305*, la *Crónica real* de Pedro IV (o *Crónica de San Juan de la Peña*), de la que fija y data las tres versiones consecutivas, y de las *Canónicas* de García de Euguí.

Por último, es necesario subrayar que el estudio contextualizado de los textos historiográficos condujo a Diego Catalán a una profunda revisión del estado de la cuestión heredado en torno a la épica española. Consciente de que los historiadores alteran sus fuentes de acuerdo con sus intereses y mentalidad, y conocedor como pocos del “lenguaje” de la literatura de transmisión oral, Diego estudió en *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación* (2000) el testimonio indirecto que sobre la épica española aportan las fuentes historiográficas, latinas y romances, para juzgar, con resultados asombrosos, qué puede estimarse de origen poético o no en ellas. Una de las grandes novedades de este libro es la superación de un viejo prejuicio de la escuela pidalina: el de creer en el valor “histórico” de la epopeya o de los relatos cronísticos. Si algo nos enseña Diego Catalán es que el valor “histórico” que debemos conceder a esos testimonios no es otro del que tienen como construcciones literarias al servicio de intereses o preocupaciones de personajes o grupos sociales, tal como muestra de forma magistral en su estudio sociopolítico del *Poema de Mio Cid* o en la forma en que fue utilizado el personaje por la *Crónica de Castilla* (estudios que reunió con otros de sesgo puramente histórico sobre la Navarra del siglo XII en el libro *El Cid en la historia y sus inventores*, 2002).

Un investigador sin parigual

Parece imposible que tal cantidad de publicaciones de tan altísima calidad hayan podido ser acometidas por una sola persona, y que esa persona al mismo tiempo viviera a caballo de dos continentes y dirigiera simultáneamente dos centros de investigación. La vitalidad, la energía y la capacidad de trabajo de Diego Catalán nunca tuvieron límites y no disminuyeron en lo más mínimo hasta el final de su vida. Llenos de datos, de documentación que sustenta lo afirmado y nos conduce, paso a paso, tras los razonamientos del autor, en una estructura siempre cuidadosamente ordenada y rotulada, carentes de retórica hueca, atiborrados de notas sustanciosas con información suplementaria, adicionados con índices de consulta por varios criterios que él mismo componía manualmente, no son los estudios de Catalán fáciles de leer para el lector que no esté presto a estudiar. El rigor y la densidad de la investigación exigen atención y disposición al trabajo, aparte del interés que se le presupone al estudioso.

Estos sólidos monumentos filológicos se componían a ratos, de forma discontinua, tanto en el tiempo como en el espacio, y en circunstancias que a cualquier otro le impedirían la más mínima concentración. Dejo aquí paso a las palabras que escribió Jesús Antonio Cid sobre Diego (con motivo de la concesión del premio “La zapita de oro” por la Universidad de Cantabria en 1995), que describen de forma inigualable tal como le veíamos trabajar: “Don Diego trabaja y escribe en medio de agobios, de burocracias, de reuniones simultáneas con personas y sobre asuntos a cuál más heterogéneo, de tesis doctorales; y hasta de discusiones alargadas hasta el infinito sobre cine, sobre economía, política hidráulica o lo que sea, terciadas con el primero que llega y tiene a bien hacer cualquier comentario. A Diego Catalán no se le ha conocido nunca un despacho estable ni una simple mesa fija donde trabajar y dejar unos papeles para el día siguiente. Todas las mesas de la casa de Chamartín pueden ser en algún momento la mesa de don Diego, pero don Diego no tiene mesa propia. Su ciencia viaja en carteras, unas carteras inmensas, llenas de divisiones y carpetas, de donde salen libros, separatas, informes y folios. Los folios, a veces, con una sola y misma frase o un párrafo a medias, empezado en cuatro o cinco momentos y lugares distintos. Y sin embargo, el manuscrito original del trabajo ya terminado, no se sabe cuándo y con una caligrafía perfecta de puro legible, podría ir a la imprenta sin necesidad de copia a máquina. No será así, porque luego vendrán correcciones de segundo o quinto grado que dejen irreconocible ese original. Los estudios de don Diego una vez impresos no se resienten de las interrupciones o ritmos distintos en su elaboración, ni reflejan en una sola oración lo que a los demás nos parecía un caos creativo de zurcido insoluble. Muy al contrario, parece que el resultado final se beneficia de ese proceso de elaboración a ráfagas, que los puntos de vista se enriquecen, y que hasta la precisión conceptual y el equilibrio estilístico son mayores que los que habría producido una escritura más sosegada”.

La autoexigencia y la curiosidad infinita que preside toda la actividad de Diego Catalán explican que todo su trabajo estuviera sometido a una autocrítica continua, con redacciones varias según pasaban los años, y que fuera capaz de remover los cimientos de tantos campos de investigación. Esa búsqueda de la verdad subyace al ejercicio crítico del trabajo ajeno pero, también y sobre todo, del propio. Ya he dicho que fue en una reseña crítica, publicada en 1959-60, de los dos primeros volúmenes de la *Crónica geral de 1344* de Luís F. Lindley Cintra (1951-54), amigo y colega al que admiraba enormemente, cómo se gestó *De Alfonso X al conde de Barcelos* (1962), libro que supuso el punto de partida de una revolución copernicana para la historiografía medieval derivada de la *Estoria de España* de Alfonso X. Pero esa labor de revisión no era menos severa con la producción propia: en un ejercicio de autocrítica poco común, Diego mismo desmontó, veintitrés años después de presentarla, las conclusiones de su

tesis sobre la *Gran crónica de Alfonso XI* (1951, 1955), texto que entonces había datado como anterior a la *Crónica*. La aparición de un nuevo manuscrito en los años sesenta, que estudió detenidamente, le condujo a demostrar, en su libro *La transmisión manuscrita de la Crónica de Alfonso XI* (1974), que la relación era exactamente la inversa de lo por él antes supuesto. Ejemplo de ese perfeccionismo es la larga gestación de muchos trabajos, a veces diferida en décadas hasta alcanzar el estado por él deseado. En 1977, en la reimpresión de la edición de Menéndez Pidal de la *Primera crónica general*, se anuncia en la portada que irá acompañada de un “Estudio actualizador de Diego Catalán”. Ese trabajo inédito, que no se publicó entonces, sin embargo existía en 1983, cuando Diego lo puso a nuestra disposición, sus alumnos historiográficos, como guía orientadora de nuestras tesinas y tesis: sólo vería la luz, radicalmente transformado, en 1997, veinte años después de ser anunciado, con el título de *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí*. En 1991, la necesidad de escribir el capítulo sobre la épica para una frustrada *Historia de la literatura española* le condujo, “dada la dificultad de escribir con el corsé que suponía tal proyecto ... [a] hacer primero, como borrador ..., un libro aparte”. “Pero conforme fui acabando los siete capítulos del libro inicialmente proyectados, se me fue haciendo más y más evidente que la omisión de un capítulo referente a “El testimonio del Romancero sobre la Épica” era un defecto difícil de justificar, por mucha pereza que me diera el tener que tratar, uno a uno, los romances medievales... Y, subsecuentemente, en 1998 decidí retrasar su publicación para dotarle de ese capítulo” (2001a: 524-25). El libro, quizá el mejor escrito de todos los suyos, vio finalmente la luz en 2000, bajo el título *La épica española*, y en él se reúnen todos los conocimientos adquiridos a lo largo de más de cincuenta años de investigación sobre la transmisión de dos tipos de textos: la historiografía y la poesía tradicional oral. Lo que empezó en 1999 o quizá antes como un artículo que actualizase algunos aspectos de viejos trabajos sobre las versiones en romance del Toledano, a raíz de la aparición de la edición crítica del texto latino por Juan Fernández Valverde (1987), acabó por convertirse en el voluminoso “*Rodericus*” *romanizado* (2005). Este imperante deseo de alcanzar siempre el estado más avanzado y perfectible en la investigación de las cosas explica también que las diversas colecciones que recogieron sus artículos previos (en lingüística, historiografía o romancero) estén siempre revisadas por el autor, en la redacción y en muchos aspectos de contenido, con lo que, a menudo, se convierten en trabajos parcialmente nuevos: así sucede, por ejemplo, en *La Estoria de España. Creación y evolución* (1992) o en *El Cid en la historia y sus inventores* (2002). La existencia de investigaciones “latentes”, en barbecho, que se estancaban o progresaban a lo largo de los años, en una tarea de renovación permanente, sacaba a la luz de repente estudios admirables, como el dedicado a las raíces históricas y la tipología en la tradición oral del romance de *La muerte del príncipe don Juan*, publicado en 1998, pero de cuya existencia yo había oído hablar desde principios de los años ochenta. En ese estado han debido quedar muchos trabajos, como la edición de la *Crónica de Alfonso XI* o una nueva edición de la *Estoria de España* (de la que venía hablando hace algunos años), y otros tantos materiales que necesitarían de alguien que los editase con el cuidado y la generosidad con que Diego editó los de su abuelo.

No puede sino dejarnos boquiabiertos que esa potencia creativa y esa disposición hercúlea hacia el trabajo no palidieran en nada al final de su vida. Es más, fue precisamente en los años que siguieron a su jubilación en 1998 cuando Diego Catalán pudo dedicarse en cuerpo y alma a trabajos de envergadura colosal y que resulta difícil imaginar que hayan sido escritos por una persona en la década de sus setenta años. Fue justo entonces cuando terminó o escribió algunos de sus libros fundamentales como *La épica española* (2000), *El Archivo del Romancero* (2001), “*Rodericus*” *romanizado* (2005)

y el libro en prensa *La enigmática carta del embajador* (2008), volúmenes cualquiera de ellos que, aun aisladamente, nos requerirían a muchos una vida entera de dedicación.

La capacidad de renovación ante las nuevas realidades hizo que Diego Catalán fuera también pionero en aplicar la informática al estudio de las humanidades, en concreto, al análisis y a la edición del romancero en los años setenta, en colaboración con Suzanne Petersen, o que decidiera aprender informática con 75 años. Diego escribía generalmente a pluma y poseía una hermosa letra caligráfica, con muy pocos rasgos de cursividad, que probablemente adquirió bajo la tutela de su madre, a cuya caligrafía se asemeja significativamente, y que en nada se parece a la cursiva de Menéndez Pidal o Lapesa. Esa letra, tan clara como si fuera de imprenta, hizo probablemente innecesario que Diego aprendiese a escribir a máquina y que los diversos mecanógrafos auxiliares con que contó a lo largo de su vida jamás tuvieran problemas de transcripción, salvo las erratas que ellos mismos cometiesen. Pero al final de su vida, cuando el correo electrónico e internet se estaban volviendo herramientas imprescindibles para la comunicación diaria y la gestión de cualquier problema, Diego tomó la resolución de romper la dependencia que había tenido hasta entonces de los transcritores expertos en las diversas máquinas de imprimir y decidió informatizarse. Así fue cómo creó en 2005 la web del Olivar de Chamartín y de la Fundación Menéndez Pidal (<http://olivarchamartin.blogia.com/>), y desde finales de 2006, la del “Romancero de la Cuesta del Zarzal” (<http://cuestadelzarzal.blogia.com/>). Internet le parecía una herramienta prodigiosa que hacía posible la existencia de una cultura libre de las trabas impuestas a los productos culturales en tanto que bienes comerciales y mercantilizables.

Esa visión de futuro también es perceptible en que algunos de sus libros y artículos fueron publicados antes en inglés (“*Ibero-romance*”, 1972 / *Lingüística ibero-románica*, 1974) o en edición bilingüe (*Catálogo general del romancero pan-hispánico*, / *The Pan-Hispanic Ballad. General Descriptive Catalogue*, 1982-88). Y con esa actitud renovadora debe relacionarse también la capacidad de Diego de organizar equipos de investigación en torno a un campo, método colaborativo que desarrolló con resultados modélicos en los terrenos del romancero y de la historiografía, algo muy poco frecuente en los estudios de Humanidades.

Pero no es sólo su sabiduría lo que explica esa capacidad de “movilización” de investigadores. Diego Catalán poseía una personalidad carismática, que le hacía centro de las reuniones y de las conversaciones. Fuera en la casa del Olivar de Chamartín hablando de un tema erudito, fuera en la mesa de un restaurante conversando de política, Diego “desordenaba el aire” allí donde estaba. Generoso con sus alumnos, igual que lo fue con sus maestros Menéndez Pidal y Lapesa (al que organizó dos homenajes, al jubilarse don Rafael en 1978, *Buscad sus pares, pocos*, y en 1998, con motivo de sus noventa años), siempre dispuso de tiempo para atenderlos. Aunque Diego afirmó que “No reconozco a nadie como discípulo mío. No soy un cristiano de la Ciencia filológica. Como los beduinos, siembro de paso y levanto mi tienda” (prólogo a *La enigmática carta*, 2008), lo cierto es que supo enseñar mucho y a muchos.

Con su estatura de dios heleno y su barba de Poseidón, Diego Catalán poco tenía que ver en presencia física ni actitud con otros docentes de su tiempo: se sentaba informalmente encima de la mesa profesoral, sin ocultarse detrás de ella, y sonreía continuamente mientras explicaba. Alto, altísimo para su generación, porte sin duda que heredó de su padre Miguel Catalán, Diego exhibía desde muy joven una poblada y larga barba en una venerable cabeza que a tantos recuerda la de su abuelo. Como buen higienista, dormía con la ventana abierta en pleno invierno y se duchaba con agua fría, circunstancias que, entre los que alguna vez compartieron habitación con él, se comentaban con admiración y sobrecogimiento. Nunca le vi abrigado como el resto de

los mortales. Iba siempre, de forma literal, a pecho descubierto, todo lo más con un simple jersey, sin bufanda, abrigos o similar. Esa actitud vital y esa fortaleza física fueron sin duda heredadas de su padre, al que Diego describe “enemigo del atuendo, los comportamientos y las ideas convencionales; apasionado por la Naturaleza e inclinado a la aventura azarosa” quien, muy joven, “se desembarazó de abrigo, bufanda y camiseta para siempre” (Catalán 1987: 10). Con vitalidad parangonable, Diego Catalán se lanzó en su juventud a “aventuras” dialectológicas que exigían pasar caminando toda la noche y a hazañas del mismo tenor, que alguna vez evocaba (y que describe con todo lujo de detalles y anécdotas en 2001a: 262-266, 276-296).

Poseedor de conocimientos profundos en diversas disciplinas, crítica textual y herramientas filológicas, crítica literaria, lingüística e historia, Diego Catalán supo combinarlas para levantar edificios con resistencia sísmica, tal es la multiplicidad y firmeza de sus cimientos. Cuando sus conocimientos se aplican de forma transversal a varias disciplinas, la perspectiva plural produce hallazgos deslumbrantes y suele haber un denominador común: la Historia. Diego fue, ante todo, un historiador de textos, que supo descifrarlos magistralmente con las herramientas de la Filología (la lingüística, la crítica literaria y textual) y de la Historia, y que, al tiempo, supo extraer de ellos su valor como testimonios (de mentalidades, situaciones, hechos o individuos) históricos. En el prólogo de su último libro, *La enigmática carta del embajador, 28 de mayo / 6 de junio de 1562*, aún inédito, como si intuyera que este podría ser su testamento intelectual, habla con franqueza inusitada de su trabajo y confiesa: “Me considero un Filólogo... con inclinación a la Historia”; “No soy un “Historiador”, ni intento serlo, porque (y hablo ahora en términos generales) no creo en la existencia de realidades “objetivas”, reconstruibles a partir de lo documentado. Lo que “fue” no está constituido por “hechos” que sean, de por sí, significativos. El “significado” se lo dan los relatos en que los detalles documentados vienen a ser integrados. Y es preciso tener bien presente que todo relato es una narración, una ordenación creada por alguien y para algo. El caos de los hechos que se dieron en un determinado espacio temporal requiere la criba y la articulación de una mente interpretativa y expositiva para que cobre sentido” (13/02/2008, <http://olivarchamartin.blogia.com/2008/021001-prologo-al-cancionero-en-cifra-de-perrenot.php>).

Gracias a su mente interpretativa y expositiva de Historiador, nos ha legado una obra inmensa, única por su originalidad y de valor incalculable para la historia de la lengua, la literatura y la cultura españolas, que por sí misma merece un puesto de honor equiparable al de sus maestros Ramón Menéndez Pidal y Rafael Lapesa.

Obras citadas de Diego Catalán Menéndez-Pidal

- Catalán, Diego. 1951. “*Cronica de Alfonso XI*”: una redacción amplia desconocida. Tesis doctoral. U de Madrid.
- 1953. *Poema de Alfonso XI. Fuentes, dialecto, estilo*. Madrid: Gredos.
- 1955. *Un prosista anónimo del siglo XIV (La Gran Crónica de Alfonso XI. Hallazgo, estilo, reconstrucción)*. La Laguna: U de La Laguna.
- 1955. *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- , Rafael Lapesa, Álvaro Galmés y José Caso, eds. 1957. *Romanceros del Rey Rodrigo y de Bernardo del Carpio*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- y Álvaro Galmés de Fuentes, eds. 1957. *Trabajos sobre el dominio románico leonés, I*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , ed. 1957-1962. *Miscelánea homenaje a André Martinet. Estructuralismo e Historia*. 3 vols. La Laguna: U de La Laguna.

- , 1959-60. “La versión portuguesa de la Crónica General (Sobre L.F. Lindley Cintra, *Crónica Geral de Espanha de 1344. Edição crítica do texto português*, Lisboa 1951-54)”, *Romance Philology* 13: 363-72.
- 1962. *De Alfonso X al Conde de Barcelos. Cuatro estudios sobre el nacimiento de la historiografía romance en Castilla y Portugal*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , Álvaro Galmés, José Caso y María Josefa Canellada, eds. 1963. *Romanceros de los Condes de Castilla y de los Infantes de Lara*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- 1969. *Siete siglos de romancero (Historia y poesía)*. Madrid: Gredos.
- , María Jesús López de Vergara, Mercedes Morales, Araceli González, María Victoria Izquierdo y Ana Valenciano, eds. 1969. *La Flor de la Marañuela. Romancero General de las Islas Canarias*. 2 vols. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , María Soledad de Andrés, María Josefa Canellada, José Caso y Ana Valenciano, eds. 1969. *Romances de tema odiseico, 1*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , María Soledad de Andrés, Francisco Bustos, Ana Valenciano y Paloma Montero, eds. 1970. *Romances de tema odiseico, 2*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , 1970. *Por campos del Romancero. Estudios de la tradición oral moderna*. Madrid: Gredos.
- y Suzanne Petersen. 1970. “Aunque omne non goste la pera del peral... (sobre la “sentencia” de Juan Ruíz y la de su *Buen Amor*)”. *Hispanic review* 38.5: 56-96.
- , ed. 1971. Ramón Menéndez Pidal. *La Leyenda de los Infantes de Lara*. 3ª ed. (Reproducción de la edición príncipe de 1896 adicionada con una tercera parte). Madrid: Espasa-Calpe.
- y María Soledad de Andrés, eds. 1971. *Crónica de 1344 que ordenó el Conde de Barcelos don Pedro Alfonso*. vol. I. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , María Soledad de Andrés, Francisco Bustos, Ana Valenciano y Paloma Montero, eds. 1971-72. *Romances de tema odiseico, 3*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , 1972. “Ibero-Romance”. *Linguistics in Western Europe*. Ed. T. A. Sebeok et al. The Hague / Paris: Mouton. 110-287.
- , ed. 1973. Ramón Menéndez Pidal. *Estudios sobre el Romancero*. Madrid: Espasa Calpe.
- , 1974. *Lingüística ibero-románica, I. Crítica retrospectiva*. Madrid: Gredos.
- , 1974. *La tradición manuscrita de la Crónica de Alfonso XI*. Madrid: Gredos.
- y María Soledad de Andrés, eds., con la colaboración de Margarita Estarellas, Mercedes García Arenal y Paloma Montero. 1975. *Crónica del moro Rasis. Versión del Ajbar muluk al-Andalus de Ahmad ibn Muhammad ibn Musa al-Razi: romanizada para el rey don Dionís de Portugal hacia 1300 por Mohamed, alarife, y Gil Pérez, clérigo de Perianes Porcel*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , Jesús Antonio Cid, Margarita Pazmany y Paloma Montero, eds. 1975. *Gerineldo: el paje y la infanta, 1*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , Jesús Antonio Cid, Margarita Pazmany y Paloma Montero, eds. 1975. *Gerineldo: el paje y la infanta, 2*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , R. Nelson, Francisco Romero y Margarita Pazmany, eds. 1975. *Gerineldo: el paje y la infanta, 3*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.

- , 1976. *Gran crónica de Alfonso XI. Edición crítica y estudio*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos, 2 vols.
- , ed. 1976. Ramón Menéndez Pidal. *Textos medievales españoles. Ediciones críticas y estudios*. Madrid: Espasa Calpe.
- , Katherine Lamb, E. Phipps, Joseph Snow, Beatriz Mariscal y Jesús Antonio Cid, eds. 1977-78. *La dama y el pastor; romance, villancico, glosas*. 2 vols. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , ed. 1980. Ramón Menéndez Pidal. *Reliquias de la poesía épica española. Acompañadas de Epopeya y Romancero I*. 2ª ed. Adicionada con una Introducción crítica de Diego Catalán. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , ed. 1982. Ramón Menéndez Pidal. *Los españoles en su historia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- , Jesús Antonio Cid, Beatriz Mariscal, Flor Salazar y Ana Valenciano. 1982-84. *El Romancero Pan-Hispánico. Catálogo General Descriptivo / The Pan-Hispanic Ballad. General Descriptive Catalogue*. vols. 1A, 2 y 3. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Gredos.
- , 1987. “Miguel Catalán”. *Boletín informativo de la Fundación Juan March* 172: 3-18.
- , Jesús Antonio Cid, Beatriz Mariscal, Suzanne Petersen, Flor Salazar, Ana Valenciano, J.K. Nystrom y Sandra Robertson. 1988. *General Theory and Methodology of the Pan-Hispanic Ballad. General Descriptive Catalogue*. vol. 1B [versión inglesa del vol. 1A]. Madrid: Seminario Menéndez Pidal
- , 1989. *El español. Orígenes de su diversidad*. Madrid: Paraninfo.
- , 1989. *Las lenguas circunvecinas del castellano. Cuestiones de dialectología hispano-románica*. Madrid: Paraninfo.
- , Mariano de la Campa, eds. 1991. *Romancero General de León. Antología 1899-1989*. 2 vols. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / León: Diputación.
- , Raquel Calvo, eds. 1994. *Romancero General de Segovia. Antología (1880-1892)*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal / Diputación Provincial de Segovia.
- , 1992. *La Estoria de España de Alfonso X. Creación y evolución*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal, Fundación Ramón Menéndez Pidal / Universidad Autónoma de Madrid.
- , ed. 1992. Ramón Menéndez Pidal. *Antología de prosistas castellanos*. Madrid: Espasa-Calpe.
- y María del Mar de Bustos, eds. 1992. Ramón Menéndez Pidal. *La épica medieval española. Desde sus orígenes hasta su disolución en el romancero, I*. Madrid: Espasa-Calpe.
- y Luis Casado, eds. 1995. *Romancero tradicional de Extremadura. Primeras colecciones (hasta 1910)*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal / Asamblea de Extremadura.
- , 1997. *De la silva textual al taller historiográfico alfonsí. Códices, crónicas, versiones y cuadernos de trabajo*. Madrid: Seminario Menéndez Pidal, Fundación Ramón Menéndez Pidal / Universidad Autónoma de Madrid.
- , 1997. *Arte poética del romancero oral, I. Los textos abiertos de creación colectiva*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal / Siglo XXI.
- , 1998. *Arte poética del romancero oral, II. Memoria, invención, artificio*. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal / Siglo XXI.
- , Inés de la Cruz González-Cutre, Belinda García Barba, Javier Gómez Gómez, María González Piñeiro y Joaquín López Martínez, eds. 1998. *Catálogo analítico e*

- índices del Archivo Romancístico Menéndez Pidal / Goyri. Romances de tema nacional.* 2 vols. Barcelona: Quaderns Crema / Fundación Menéndez Pidal.
- . 2000. *La épica española. Nueva documentación y nueva evaluación.* Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal / Seminario Menéndez Pidal.
- . 2001a. *El Archivo del Romancero: Patrimonio de la humanidad - Historia documentada de un siglo de historia-*. 2 vols. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal / Seminario Menéndez Pidal.
- . 2001b. “Memoria de Jimena Menéndez-Pidal”. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* 44: 129-133.
- . 2002. *El Cid en la historia y sus inventores.* Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- , ed. 2004. Álvaro Galmés de Fuentes. *Estudios sobre la literatura española aljamiado-morisca.* Madrid: Fundación Menéndez Pidal.
- , con la colaboración de Enrique Jerez. 2005. «Rodericus» *romanzado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra.* Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal.
- , ed. 2005. Ramón Menéndez Pidal. *Historia de la Lengua española.* 2 vols. Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal / Real Academia Española.
- En prensa. *La enigmática carta del embajador, 28 de mayo / 6 de junio de 1562* (<http://olivarchamartin.blogia.com/2008/021301-indice-del-libro-la-enigmatica-carta-del-embajador-28-de-mayo-6-de-junio-de-1562.php>).